

# ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO III. — NÚM. 131

Madrid, 27 de Julio de 1922

PRECIO: 15 CÉNTS.

## EVANGELIO Y LIBERTAD

UNA pregunta que, consciente o inconscientemente, suelen hacer los hombres al considerar seriamente las invitaciones y las demandas del Evangelio, es la de si va éste a restringir o no la libertad que creen disfrutar, y que quisiéran ver ensanchada cada vez más. ¿Va esta religión que se me presenta como divina— se preguntan — a ensanchar los horizontes de mi espíritu, a dar campo más amplio a mis facultades, a hacerme más libre, o va a restringir mis impulsos, a poner trabas a mis acciones, a esclavizarme?

En gran parte, la actitud que un hombre toma respecto de la religión cristiana, depende de la respuesta que él mismo se da a esta pregunta, respuesta que tal vez él mismo no puede formular, pero que es lo bastante real para informar toda su conducta.

Podrá parecer que aquella pregunta no es legítima. Se dirá que al hombre no le toca sino obedecer los imperativos de la religión divina, sin pararse a pensar si con ello va a ser más o menos libre. Y, sin embargo, mirándolo bien, esta actitud está justificada. El amor a la libertad es un instinto divinamente implantado en el corazón humano, y bien puede asegurarse de antemano que una religión que contrariara nobles aspiraciones de nuestra alma, no podría ser divina. Muchas cosas tiene el hombre que renunciar para cumplir la voluntad de Dios; pero Dios no le exigirá nunca que sacrifique, en aras de la religión, su amor a la verdad, su sentido de justicia, su anhelo de libertad, las cosas que son la vida misma de la religión.

¿Es, pues, podemos preguntar con todo derecho, la religión de Jesucristo

una religión que ensancha, emancipa y liberta a los hombres, o es, por el contrario, una religión que los oprime, sujeta y esclaviza? ¿Qué clase de influencia es la suya?



ALREDEDOR DEL MUNDO

ESTADOS UNIDOS.— La gigantesca estatua de La Libertad, que se halla a la entrada del puerto de New-York, y que fué regalada por Francia a la gran república norteamericana.

Diecinueve siglos de experiencia parece que debieran ser tiempo suficiente para que pudiera responderse a tal pregunta sin la menor vacilación ni duda. Y sería así si no fuera por haberse introducido en el Cristianismo, con el transcurso del tiempo, elementos tan contrarios al espíritu del Evangelio, que hoy la religión de Jesucristo es a menudo tachada de las cualidades más opuestas a su ver-

dadero carácter. Sin embargo, tomando puntos de vista lo bastante amplios y elevados, podemos observar claramente los movimientos del espíritu cristiano en la Humanidad, y tenemos que reconocer,

si somos justos, que el verdadero Cristianismo ha ejercido siempre una poderosa influencia libertadora; mas aun ha sido la más fuerte energía libertadora que el mundo ha conocido.

El Cristianismo encontró establecida y arraigada en el mundo una institución secular, cuyos fundamentos parecían incommovibles: la esclavitud. Aun filósofos esclarecidos la encontraban natural y la creían basada en diferencias esenciales entre hombre y hombre. ¿Qué hizo el Cristianismo ante aquel inmenso problema humano? ¿Predicó la rebeldía a los esclavos o condenó como injustos a los señores? Ésto hubiera dado lugar a sediciones tan infructuosas como la de Espartaco. El Evangelio hizo una cosa mucho mejor. Proclamó la igualdad del amo y del esclavo ante los ojos de Dios. Enseñó que el alma de un esclavo era de valor infinito, y que Cristo había derramado su sangre para rescatarla. Derribó la barrera que separaba a los señores de los esclavos. «En Cristo Jesús no hay siervo ni libre.» Devolvió a su amo

un pobre esclavo fugitivo, Onésimo, pero se lo devolvió tan cambiado que ya no se le podía considerar «como esclavo, sino como mejor que esclavo, como hermano amado». Pablo pedía a Filemón que recibiera a aquel esclavo como hubiera recibido al mismo Apóstol, tan amado y honrado por los fieles creyentes que le conocían. Aquello era la muerte de la esclavitud. Lo demás fué cuestión de



## SUMARIO

Evangelio y libertad (C. A. G.). — Poder del perdón. — Isidoro de Sevilla (Jorge Fliedner). — La blancura del alma (C. Gutiérrez Marín). — La energía del amor. — Incomprensión (Alejandro Campo). — El camino más corto (J. H. Jowett). — De actualidad. Alianza Evangélica Española. — Información Evangélica. — La fe de un herrero, novela, por José Moreno. — Revista de libros. — Una receta para la belleza. — Escuela Dominical. — Anuncios.

tiempo. Y cuando aquel monstruo revivió en una forma tal vez más odiosa, en la trata de negros, mancha afrentosa de naciones que se llamaban cristianas, ¿qué influencias fueron las que acabaron con él, sino influencias cristianas? Wilbelforce, en Inglaterra, sostenido por la parte más cristiana del país; Lincoln, en los Estados Unidos, alentado por la simpatía y las oraciones de los cristianos, y siendo él mismo la más noble expresión del sentir cristiano; Livingstone, que muere en el centro de África, implorando las bendiciones del cielo sobre todos los que ayudaran a sanar aquella herida abierta de la humanidad, representaban el espíritu del Cristianismo, rompiendo una vez más las cadenas del esclavo.

Si el Cristianismo ha luchado tan tenazmente contra la esclavitud material, no ha pugnado menos contra la esclavitud religiosa, y contra la peor esclavitud religiosa que podía haberse imaginado, la que se introdujo dentro de la misma Iglesia cristiana, pretendiendo dominar a los hombres en el nombre del mismo Cristo que los había libertado. Lutero, enfrente del Papa, representa el verdadero espíritu del Evangelio, alzándose contra una tiranía que amenazaba con sofocar todo aliento de vida cristiana en el mundo.

Con razón consideraba el profundo pensador escocés Carlyle el momento de comparecer Lutero ante la Dieta de Worms como el momento culminante en la historia moderna, y percibe el «clamor de todo el mundo postrado en las tinieblas de una atroz esclavitud espiritual, paralizado ante aquel negro espectro, monstruo de la triple corona, titulándose «Padre en Dios», y no sé qué otros nombres de blasfemia: «Libértanos, en tu mano está; no nos abandones.» Lutero respondió a este clamor inarticulado del pueblo cristiano sacando a la libertad la conciencia. «Un cristiano no debe hacer nada contra su conciencia. Aquí estoy; no puedo hacer otra cosa; Dios me ayude.»

Este principio de la soberanía de la conciencia por encima de Papas, concilios y reyes, había de producir después sus frutos, no sólo en el orden religioso, sino también en el orden político y social. Aunque el Evangelio de Cristo no está ligado a ningún sistema político o

social, y aunque ha realizado y puede realizar su obra de salvación espiritual dentro de las más opuestas condiciones políticas, es indudable que el verdadero Cristianismo tiende hacia las instituciones libres y democráticas. De la Ginebra de Calvino fluyeron las influencias que formaron caracteres viriles, conscientes, dignos, e incapaces, por lo tanto, de doblegarse a ninguna clase de tiranía. El espíritu cristiano hizo de los puritanos del «Mayflower» los fundadores de una gran república democrática, y el espíritu cristiano es el único que puede hacer firme y provechoso ese gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo, que es la esencia de la verdadera democracia.

Hay otra libertad más espiritual, y por lo mismo más preciosa todavía que la libertad personal y la libertad política: la libertad de pensamiento. Muchos que están dispuestos a reconocer que el Cristianismo favorece otras libertades, le acusan, sin embargo, de cortar las alas del pensamiento y poner trabas a la inteligencia humana en su noble empeño de buscar y conquistar la verdad. ¿No ha tachado la Iglesia de loco a Colón? ¿No ha obligado a Galileo a retractar penosamente lo que hoy todo el mundo sabe como cosa cierta? ¿No tiene el Cristianismo sus credos cuya aceptación impone como condición de salud?

Tal vez en ningún otro terreno han sido las Iglesias cristianas tan temerosas de la libertad como en éste. Son tan evidentes y funestos los resultados del error que cualquier medio parecía legítimo para impedir su propagación. ¿No es la verdad necesariamente intolerante con el error? Lo es ciertamente; pero, por lo mismo, no puede emplear armas propias del error y no suyas. Cuando la verdad quiere defenderse con violencia, con opresión, con persecuciones, se hace traición a sí misma y toma el lugar del error. Aquí, como en otros terrenos, los males de la libertad se remedian con la libertad misma.

El Cristianismo tiene la verdad, y no puede negarla; pero no la impone. Dios, en su Palabra, reclama nuestra fe, no nuestro asentimiento forzado. «Venid y ved», es la primera invitación que el Evangelio pone en boca de Cristo. Él quiere que sus palabras, sus obras, su carácter, sean examinados y probados. Se dirige a nosotros como a seres inteligentes y razonables. No pide una fe ciega, sino una confianza fundada en hechos ciertos. El que oye sus palabras y las hace no se le compara a un loco, sino al hombre prudente y sensato que edificó su casa sobre la peña. ¡Ojalá que la Iglesia hubiera buscado para su Señor la adhesión libre y espontánea de los hom-

bres, la única que puede satisfacerle! Hubiera sido más tolerante si hubiera tenido confianza más plena en la verdad que poseía. La verdad y la libertad son hermanas y no pueden perjudicarse la una a la otra.

Pero si todas estas libertades que hemos considerado brevemente: libertad personal, libertad religiosa, libertad política, libertad de pensamiento, son preciosas, es posible todavía, habiendo conquistado todas ellas, continuar en esclavitud. «¿De qué me sirve — exclamó en una ocasión Alejandro Magno — haber conquistado el mundo, si soy esclavo de mis pasiones?» «¿De qué aprovechará al hombre ganar todo el mundo — dijo Cristo —, si pierde su alma», su verdadera vida? En aquellas profundas palabras que acerca de la libertad dirigió Cristo a los judíos, que Juan nos recuerda en el capítulo octavo de su Evangelio, encontramos el corazón de este asunto fundamental: «Todo el que hace pecado es siervo de pecado.» Esta esclavitud del pecado, esta servidumbre del mal, en la cual el hombre nace y en la cual vive muriendo, es la peor de todas las esclavitudes, por lo mismo que sus víctimas no se dan cuenta de la privación de libertad que sufren. Y de esta esclavitud Cristo es el único Emancipador y Libertador. Él rompe las cadenas que el pecado ha remachado. Él abre las puertas de la cárcel donde las inejores energías del alma se consumen. Él despierta nuevos sentimientos y aspiraciones en el corazón. Él conduce a los hombres a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

C. A. G.

## PODER DEL PERDÓN

El delfín Luis XVII, cuando era aún niño, fué arrancado de los brazos de su madre, María Antonieta, y arrojado en la cárcel del Temple, siendo entregado a Simón, uno de los más brutales de los jacobinos, el cual trató indirectamente de matar al niño por la crueldad. Le dejó languidecer en una celda solitaria, sin diversión, ni ocupación, ni ejercicio. No recibía aire puro, poca agua y un poco de alimento grosero que se le arrojaba por la puerta entreabierta. Ni siquiera podía lavarse, y su cama quedó sin arreglar durante seis meses, y durante más de un año quedó con la ropa sin cambiar. Por este trato se redujo al niño a un estado rayano en la imbecilidad; sin embargo, una vez, cuando parecía haber conato de una contrarrevolución, que le haría sentar en el trono, su brutal carcelero, con una risa satánica, le preguntó:

— ¿Qué harías conmigo si te hallaras en el trono?

— Te perdonaría — fué la angélica respuesta.

Aun Simón demostró señales de haber sido conmovido por la grandeza de tal perdón.



# ISIDORO DE SEVILLA

Los siglos VI y VII de nuestra Era tienen una importancia especial para la Historia de la Iglesia cristiana en España. En esta época la lucha contra el Arrianismo termina con la victoria definitiva del Catolicismo. Pero Roma aún no ha conseguido esa preponderancia que la política sagaz de sus obispos le otorgó en siglos posteriores, y aun cuando ya se van introduciendo varios de los errores que caracterizan el Romanismo, éstos todavía no tienen bastante vigor ni extensión suficiente para oscurecer el Cristianismo, como sucedió algunos siglos más tarde.

Dos obispos de Sevilla figuran en aquellos tiempos en primera fila: Leandro, el gran político eclesiástico, que merece estudio aparte, con el corazón lleno de amor, el carácter severo, casi inflexible, y su discípulo y hermano Isidoro, de temperamento más suave, inclinado a los estudios, no muy original, pero compilador hábil y aplicado, nutrido en las enseñanzas de Agustín y Gregorio Magno. Por el año 600, a la muerte de Leandro, ocupó la Sede episcopal y administró su diócesis con gran fidelidad, hasta que murió en el año de 636.

Así como en el transcurso de los tiempos musgos y hiedras y mil flores pequeñas van cubriendo los muros de las grandes catedrales y de los fuertes castillos, cuya construcción sabe resistirse a los estragos que en las chozas de los pobres causa el transcurso de los siglos, no de otro modo las figuras de los grandes hombres aparecen rodeadas y cubiertas de la leyenda, de manera que solamente el ojo experto vislumbra y un trabajo asiduo descubre la majestad y belleza de que el gran Arquitecto supo dotar su obra.

Dice la leyenda, pensando sin duda enaltecerle, que Isidoro nació de ilustre familia visigoda. Le da por padre al gran ostrogodo Teodorico, por cuñado al rey Leovigildo. Liturgias y colecciones de cánones y de leyes del reino se le atribuyen a él; y como en aquella época la Historia dice muy poco de la influencia de Roma en la Iglesia española, la leyenda se encarga de escamotear esta realidad, poco favorable a las pretensiones de los sucesores de los Césares, y le nombra vicario apostólico, le da el palio otorgado por el obispo de Roma, y pretende que haya tomado parte en un concilio romano.

La Historia, menos romántica, pero más

hermosa, nos demuestra que Isidoro era de familia latina; su padre, Severiano, de Cartagena; dos hermanos suyos, Leandro y Fulgencio, obispos, y una hermana, monja. Nació por el año de 560, y al abandonar sus padres en la muerte, halló en Leandro quien le educara bien. Sabemos que presidió dos concilios, el de Sevilla (619) y el de Toledo (633), ambos españoles; sabemos que no solamente mere-

Publicar un extracto de los muchos libros que Isidoro dió a su tiempo y a la posteridad, sería cansar a la mayoría de los lectores de este semanario; se ocupó de cuestiones históricas y de doctrina cristiana, trató asuntos místicos y de apología, defendiendo su fe contra los herejes y frente a los judíos (1). Las obras que para los protestantes españoles tienen mayor interés son, al parecer, dos libros *de officiis ecclesiasticis*, en que trata del culto y del ministerio de la Iglesia cristiana, y los veinte libros *Etymologiarum sive originum*.

Estos tratan de las artes y ciencias, de doctrina cristiana y de cuestiones políticas y antropológicas, de geografía y de Historia natural. En fin, constituyen un resumen del saber de la Edad Antigua, recopilado de multitud de autores renombrados, que las más de las veces cita de memoria. Estas citas han dado motivo para que le acusaran de poco exacto; acaso su propio carácter tampoco le inclinara a la minuciosidad que admiramos en algunos autores benedictinos; pero sus deficiencias (muy humanas por cierto) no han podido impedir que esta obra, fruto de gran erudición, haya alcanzado la importancia que tuvo en la Edad Media en las Universidades de Europa, y que aun hoy sea un abundante manantial, en el que bebemos la inteligencia de los

conocimientos del mundo antiguo. Autores célebres han copiado trozos de ella, aun al pie de la letra, y un crítico dice: «Siglos enteros hubieran permanecido ciegos, si no les hubiere resplandecido la luz de Isidoro.»

Ciertamente este hombre merece que un evangélico español profundice en el estudio de su persona y de sus obras, y que, al limpiar su retrato de las telarañas y del polvo de los siglos pasados, nos dé, al mismo tiempo, una representación histórica de aquella época, que sea más fidedigna de las que ahora tenemos, debidas la mayor parte de ellas a ciertos autores más favorables a Roma que a España y al papado más que al Cristianismo. ¿No habrá en Málaga o en Sevilla quien se dé por aludido?

No debemos alargar más este bosquejo, cuyos datos principales copiamos de los trabajos de Pressel y de Schmid, publicados en la *Realencyclopädie für protestantische Theologie und Kirche*, ed. I y III; pero antes de terminar debemos cumplir

(1) Es interesante que en aquella época, cuando los judíos tanto preocupaban a reyes y obispos, Isidoro se opone al empleo de la violencia para su conversión.

## LA BLANCURA DEL ALMA

*Los niños, ¡oh!, decidme, ¿quién no adora a los niños?  
¡Son tan dulces sus mimos!, ¡sus risas tan sinceras!  
Edad en donde todo parece ser divino,  
porque el alma es más pura, más humilde, más tierna.*

*¡Los niños!, ved sus rostros, sus manitas de ángeles  
apresando la túnica del bendito Maestro...  
¿No escucháis la voz santa?... «¡Venir a mí dejadles!,  
nadie, si no es como ellos, podrá entrar en mi reino.»*

*Dijo así el buen Amigo, el Misericordioso,  
viendo el alma del hombre corrupta por el lodo,  
sin fe ni paz, sin rumbo, perdida, vana, ciega...*

*del bien muy distanciada y ante el mal impasible.  
«Sed niños», ¡ay!, los vicios tienen hondas raíces  
y el hombre es como un árbol muy sujeto a la tierra...*

C. GUTIÉRREZ MARÍN.

ció el título de *Doctor Hispaniae*, sino que su influencia se extendía mucho más allá de las fronteras de España y que durante siglos aprendían de él los maestros de otras naciones, motivo suficiente para que la iglesia de Roma tratara de presentarle como suyo, aunque él no menciona siquiera el papado, y no reconoció autoridad al Concilio de 553, cuando en Roma ya habían hecho esto. ¿Débese acaso a estas realidades, fundadas en su modo de pensar, y que en sus obras claramente resplandece, el hecho de que los intelectuales del Romanismo tengan a San Isidoro sepultado en las bibliotecas, cuando están desenterrando tanto fárrago? ¿Tiene alguna relación con la doctrina de San Isidoro el disgusto que el señor obispo de Madrid ha dado en Marzo al Sr. Torrubiano, traductor de una obra mística del obispo hispalense en que se halla poco Romanismo, pero sí palabras muy claras de las Sagradas Escrituras acerca de la salvación por Cristo Jesús sólo y ningún otro? No lo sabemos, pero más adelante hallará el curioso lector dos juicios acerca de este verdadero patriarca cristiano: el uno de un autor romanista, el otro de un erudito protestante.



lo prometido. He aquí los dos juicios a los que aludimos antes:

Dupin dice (1): «Isidoro había leído mucho, pero no sentía la belleza, ni acertaba a juzgar de un modo elevado. Su estilo se recomienda únicamente por su elegancia, pero ni es elocuente ni libre. Sus pensamientos son a menudo erróneos, y no siempre hace una selección buena de las ideas de otros. Se contenta con un saber superficial, y no profundiza bastante en los asuntos que trata; no observa sino lo más trivial, y se equivoca con frecuencia.»

En cambio R. Schmid, el evangélico, afirma (2): «De muchas cosas que nos parecen enrevesadas y raras no es responsable Isidoro; en esto no fué más que discípulo y conservador fiel de los antiguos. De todos modos, a pesar de su negligencia, ha salvado una parte considerable de ciencia y conocimientos antiguos y la ha transmitido a la posteridad en forma accesible, empleando para ello una labor y empeño admirables, si se tiene en cuenta lo reducido de los auxilios literarios de que disponía su época, de manera que su obra, aun en nuestros tiempos, constituye una fuente única e indispensable para la ciencia. Conocemos la eminente importancia que su obra principal ha tenido para la historia de la cultura, por el hecho de que, como es fácil demostrar, durante siglos, y en todas las naciones del Cristianismo occidental, ha servido como arsenal indispensable y no superado de ciencia mundana y eclesiástica.»

JORGE FLIEDNER.

(1) *Bibliothèque des auteurs ecclésiastiques*, tomo V, pág. 11.

(2) P. R. E., tomo IX, pág. 452.

## LA ENERGÍA DEL AMOR

El amor es una energía. No es meramente una virtud pasiva que capacita a su poseedor para sufrir muchas cosas en silencio. Es un poder para obrar y conseguir que se hagan muchas cosas. Es una fuerza positiva y muestra enfrente de los obstáculos un poder conquistador.

Por lo tanto, el que está dominado por el amor, está dotado de poder para el servicio y equipado para el conflicto. El amor no es tanto el escudo como la espada del guerrero. El amor no es para la defensa, sino para forzar la pelea. Los que han amado todas las grandes causas han sido los defensores de ellas. Pueden emprenderse muchas cruzadas por razones puramente románticas; pero las batallas del Señor son peleadas solamente por aquellos que aman, y nada más por ellos. La Iglesia necesita que todos sus miembros sean dominados por el amor para el Señor, lo que hará que ella sea potente contra el pecado. No hay planes de organización que puedan realizar este gran fin. El amor sí puede. El amor es energía.

## INCOMPRENSIÓN

Preguntado una vez cierto individuo, que ponderaba con demasiada frecuencia la suculencia de los pájaros fritos, si los había comido muchas veces, contestó muy tranquilo:

— No los he comido nunca, pero se lo he oído a uno que los ha visto comer.

Cosa parecida suele ocurrir con las gentes en general en lo que se refiere a las creencias evangélicas. Todos, al parecer, están perfectamente informados; nadie ignora en qué consiste la fe de los protestantes, y si se insiste sobre el asunto suelen contestar invariablemente con cierto aire de suficiencia: «Los protestantes no creen en la Virgen.» Y no saben otra cosa. Se hicieron eco de la insidia que lanzaron nuestros enemigos y dicen que nuestra fe se reduce a «no creer» en la Virgen, sin reparar que dudar del misterio de la encarnación equivaldría a no creer en Cristo. Y no suelen ocuparse del concepto nuestro de la Divinidad ni de nuestra idea de la salvación por Jesucristo.

Esta total incomprensión había de traer las naturales consecuencias, siendo una de ellas el equivoco de los mismos intelectuales, hablando desde la Prensa no pocas veces de la bancarrota del Cristianismo, del fracaso del Evangelio, etc., etc.

Para fortalecer sus argumentos hablan de la pasada guerra; otros, del problema social, y no pocos del de las subsistencias. Hasta cierto punto estamos conformes. Si el Evangelio dejase de ser letra muerta para muchos, indudablemente no habría tantas guerras, ni tantos problemas sin resolver.

Pero no puede culparse al Evangelio de los males que nos aquejan por la poderosa razón de que éstos son fruto precisamente de la falta de verdadero sentimiento religioso, de la incomprensión del Evangelio, y más bien de la equivocada educación cristiana.

Podrán decir quizá que los países eminentemente evangélicos no han tenido la valentía de cumplir con su deber pronunciándose contra la guerra; que en los problemas sociales, en nuestro pueblo especialmente, la religión oficial se inclina del lado de los que más pueden, de los que con su afán insaciable de lucro encarecen lo más necesario para la vida. Conformes.

Mas hay que proclamar muy alto que por esto el Evangelio no se ha resentido lo más mínimo, antes al contrario, permanece inmovible, infinito, tan alto que une la tierra con el cielo. ¿Acaso los promovedores de la gran guerra fueron a consultar a sus páginas de paz, si era lícito destruir y matar?

Y los combatientes en los problemas sociales, ¿han ido alguna vez a las máximas de justicia del Evangelio a buscar una fórmula para el arreglo? ¡Ah, si lo hicieran! Verían que sus ideas, por muy avanzadas que parezcan, están explana-

das y resueltas por el obrero de Nazareth, y no por la violencia, sino con la justicia. Se ha prescindido del Evangelio, pero no ha fracasado.

Por esto hay que insistir en que es necesario, en España sobre todo, una activa propaganda. Que nuestros compatriotas sepan, por informes directos, que el gran remedio para esta vida y la salvación en la otra está en el Evangelio.

Y no quiero terminar estas líneas sin mencionar un caso digno de ser imitado. Todos los Domingos, sobre las once de la mañana, y en una plaza de mucho tránsito, he visto a una hermana humilde que, aguantando el calor o el frío, ofrece a los transeúntes folletos y evangelios, y recomienda con gran interés su lectura a quienes los aceptan. Su labor es callada, pero indudablemente eficaz.

¿Creéis que la ignorancia de lo que es nuestra fe no llevaría rudo golpe si todos dedicásemos un día a la semana a la gran obra de propaganda?

ALEJANDRO CAMPO.

## EL CAMINO MAS CORTO

Jesús, hablando con la Samaritana, sentado en el brocal del pozo de Jacob, le dijo: «Ni en este monte ni en Jerusalem adoráis al Padre. Dios es espíritu.» La conversación se efectuó en el pozo de Jacob: «nuestro padre Jacob nos dió este pozo», dijo la mujer, pero se me figura que ella no recordó en la vida de Jacob algo más íntimo que este donativo de un pozo público. ¿Se acordaba de la experiencia mística de Jacob en Betel? El fugitivo despertó después de un agitado sueño en el cual acontecieron cosas muy extrañas. «¡Oh, se dijo, Dios está en este lugar y yo no lo sabía!» Entonces descubrió que el mundo de Dios era más grande de lo que él se había imaginado y que las alas protectoras cubrían las piedras mismas de Betel tanto como cubrían la casa de su padre.

Y sin embargo, a pesar del descubrimiento de Jacob y de todo lo que ello significaba, y a pesar de todos los honores que sus descendientes tributaban a su padre Jacob, esta mujer que ahora se encuentra allí, en el pozo, estaba todavía aprisionada en el sentido de limitar todo a una santa localidad, en lugar de vivir y de moverse en la gloriosa libertad de un universo consagrado. «Nuestros padres adoraron en este monte; vosotros decís que en Jerusalem es donde debemos adorar.» Entonces Jesús viene a ser su maestro. Suavemente va quitando los velos que encubren la verdad. Dios no es meramente un Dios samaritano, limitando a Samaria las lluvias de su gracia; no es tampoco meramente un Dios de Jerusalem ocultando sus favores más al Sur. Dios es espíritu, y su hogar no está aquí o allí, sino en todas partes. Si la mujer hubiera ido a Betel habría encontrado



que la escala mística estaba allí todavía; y, en efecto, la escala está en Betel, está también en cualquier calle y en cualquier lugar. Dios es espíritu y su hogar está en el mundo entero.

¿Qué distancia hay, pues, que recorrer para ir a Dios? ¿Hay una lejana Meca a la cual tengan que ir los peregrinos? ¿O hay algún altar sacerdotal al otro extremo del pueblo? ¿Hay, tal vez, algún camino largo, pesado y sombrío que se llama legalidad? No; todos estos caminos son largos, en verdad, y las almas cansadas se fatigarán mucho antes de que lleguen al fin. El verdadero camino que conduce a Dios es mucho más corto que lo largo de un brazo; sí, mucho más corto que el palmo de la mano. Este camino tiene la rara cualidad de que carece enteramente de distancia alguna. No bien habéis comenzado a andar en él, cuando ya estáis allí. Os volvéis al camino, y ya estáis al final de él; os habéis vuelto a Dios, ya habéis llegado. Esto es, ciertamente, lo que San Agustín quiso decir cuando escribió estas admirables palabras: «No concibáis largos caminos; cuando tú crees, ya vienes; porque para Aquél que está en todas partes, los hombres vienen amándole, no viajando.»

Por lo tanto, si Dios es el gran Padre-Espíritu, no hay necesidad de luchar para encontrarlo; no necesitamos embarcarnos en largas peregrinaciones. No hay necesidad de subir muy altas escaleras para traer abajo al Señor Jesús. No necesitamos volvernos a alturas o profundidades de ninguna clase. Él está siempre presente.

¡Qué serenidad debe, entonces, caracterizar la vida del verdadero creyente! En verdad, esta debe ser la gloriosa distinción del cristiano en este mundo. Debe haber en nosotros la más clara idea de que nos encontramos en alguna parte, y en esa *alguna* parte Dios está siempre. Hasta donde concierne a este asunto fundamental en la vida, podremos decir que hemos llegado. Nuestra vida está en reposo y, por lo tanto, lista para seguir progresando.

J. H. JOWETT

*Entre muchos, hablar siempre poco.*—  
Teresa de Jesús.

## ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

DIRECCIÓN NOVIADO, NÚM. 3 MADRID - 8 -	ADMINISTRACIÓN BENEFICENCIA, NÚM. 18 MADRID - 4 -
--	---

### Precios de suscripción:

	Pesetas.
España: Un año . . . . .	8
» Seis meses . . . . .	4
Extranjero: Un año . . . . .	15
» Seis meses . . . . .	8

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.

Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero ó 1.º de Julio.

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos

# DE ACTUALIDAD

## Honrando a la Virgen.

**C**ORRESPONDELE ahora a mi barrio celebrar una de tantas fiestas con que la Iglesia oficial — conocedora de la psicología de nuestro pueblo — obsequia a sus feligreses, y que es pretexto para diversiones y orgías a todo trapo.

Hace poco era la verbena de San Antonio, el santo milagroso, a cuyos brazos — según un predicador católico — se dignó descender nada menos que el mismísimo Jesús.

Hoy es la de la Virgen del Carmen, Virgen de muchos devotos, puesto que sólo ella puede sacar del tan temido purgatorio, filón inagotable cuyo inventor debió ser una gran capacidad financiera.

Desde mi balcón contemplo los preparativos para la procesión de la imagen. Un gentío invade la plaza de la Iglesia, llevados allí por la misma fuerza espiritual que les impulsa a visitar las estaciones en viernes de pasión y a comer buñuelos de viento el día de los Santos. Unos estampidos formidables anuncian que el cortejo está en marcha. Primero unos muñecos gigantescos de cartón y vestimenta estrafalaria, dan la nota francamente cómica. Después, un piquete de guardia a caballo da escolta a la imagen que se tambalea en unas andas llevadas por ocho hombres. La banda de música y los cofrades, con unas lucecitas tan nuevas como su entendimiento.

Con un movimiento de curiosidad, el público ha seguido un momento con la vista a la imagen; mas en seguida vuelve la espalda e irrumpe en las casetas, columpios y carruseles, que para diversiones se instalan en las calles y que ponen a Madrid a la altura de un pueblucho, y, entonces, después de cumplir con la Virgen, se entregan a los más absurdos excesos en una infernal algarabía.

Meditaba por mí mismo en el cambio que opera la sencillez del Evangelio, que hace que la persona vea con indiferencia las mismas cosas que algún día le llegaban a impresionar, y pensaba que la alegría que proporciona este cambio era como una indemnización a los que tantos años vivimos en las tinieblas; alegría idéntica a la de un preso que, después de muchos años de reclusión, fuera puesto en libertad. Y me preguntaba: ¿qué relación puede tener todo esto con lo íntimo, con lo verdaderamente espiritual y religioso? No sabía qué contestarme.

Es una hora avanzada y sigue el ruido de coches y voces ensordecedoras. Diríase que pasa una legión de locos. Arrimado a la pared, observo un bulto que intenta inútilmente andar y pronuncia frases incomprensibles. Es un hombre joven aún, ebrio, derrotado por el demonio del alcohol. A su lado, una mujer resignada le pregunta: — ¡Pero, hombre, por Dios!

¿cómo vienes? — Y él la mira con cara de idiota, y con un lenguaje absurdo, le contesta: — Un día es un día. ¡Hay que honrar a la Virgen!

A. C.

## De martes a martes.

**Crisis en Italia.** El Gobierno presidido por Facta ha dimitido. El rey ha consultado a varios ex presidentes del Consejo y a los jefes de diferentes grupos parlamentarios. Estas conferencias le han confirmado en su intención de confiar la formación del nuevo Gabinete a Orlando, y aunque se creyó que éste constituiría muy pronto el nuevo Gobierno, las últimas noticias aseguran que ha declinado el encargo.

**Los asesinos de Rathenau.** Al fin se han encontrado los hombres que pusieron término a la vida del ministro de Negocios Extranjeros de Alemania. Ambos, pues parece que eran dos, se habían ocultado en un castillo, y cuando la policía se enteró y trató de apoderarse de ellos, se pegaron un tiro, y de este modo pusieron fin al drama que durante unos días ha conmovido al mundo.

**Congreso médico.** Actualmente está celebrándose en París un Congreso médico internacional. Una de sus sesiones ha estado dedicada exclusivamente al tratamiento del cáncer, y en ella han presentado interesantes Memorias, sobre estudios hechos, eminentes médicos españoles que han concurrido a este certamen.

**Ejemplo que imitar.** La fiebre del trabajo en Alemania es cada día mayor. Según leemos, en algunas fábricas se trabaja hasta catorce horas diarias para poder aumentar la producción.

**¡Ha terminado!** La conferencia de La Haya ha terminado sus sesiones. De ella puede decirse casi lo mismo que lo que se dijo de la de Génova: que ha fracasado. Desgraciadamente no ha podido encontrarse base para un arreglo con la comisión rusa. Se prevé la posibilidad de una nueva proposición que emane del Gobierno ruso, la cual, lealmente formulada, podría restablecer la confianza necesaria para obtener de las potencias europeas ayuda para la reconstrucción de Rusia.

**Capítulo de huelgas.** Continúa sin resolver la huelga de Vizcaya, aunque cada día es mayor el número de obreros que vuelven al trabajo. Se dice que los obreros de Asturias abandonan la zona minera y marchan a otros sitios a solicitar trabajo.



**Las dietas de los diputados.** Los diputados de nuestro Parlamento han terminado sus tareas legislativas de un modo digno: se han aumentado a 1.000 pesetas mensuales sus dietas como padres de la Patria. ¡No está mal! Entre tanto, se regatean aumentos de sueldos a modestos funcionarios; se deja sin pagar a los carteros; se consiguen presupuestos vergonzosos para la instrucción pública, etc., etc. Y lo mejor es que la mayor parte de los diputados apenas si aparecen dos o tres veces por el Palacio del Congreso en toda la legislatura. Ahora se explicarán muchos los aumentos de las tarifas de Correos y otros aumentos.

**Las cosas de Africa.** Un grupo importante de intelectuales ha felicitado al general Aguilera por el propósito del Consejo Supremo de Guerra y Marina, del cual es aquél presidente, de hacer justicia e imponer las sanciones debidas a los responsables del desastre de Marruecos. El general ha respondido agradeciendo el mensaje y ratificando los propósitos que le animan.

El general Burguete se ha posesionado ya de la Alta Comisaría de Marruecos. Esperemos.

Se ha cumplido un año del desastre de Melilla y los cautivos españoles siguen sin ser rescatados. El rubor más vivo y la vergüenza más grande debería cubrir a los responsables de tal estado de cosas.

DOMINGO DE RAMOS.

## Alianza Evangélica Española.

### Temas de oración para Agosto.

#### ACCIÓN DE GRACIAS:

Por las Conferencias y Asambleas celebradas en la última semana de Julio en Zaragoza y Madrid.

Por los beneficios otorgados abundantemente en su Obra durante la primera parte del año.

#### SÚPLICAS:

Que bendiga y prospere los planes trazados en las reuniones de Madrid y Zaragoza, para el desarrollo y acrecentamiento de su Obra en España.

Que los evangélicos no olviden, durante los días de su vacación, el cumplimiento de sus deberes espirituales.

Que el Señor bendiga los trabajos de la Conferencia Internacional de Copenhague en favor de la paz mundial, y guíe a los delegados en su viaje.

## „España Evangélica” y la Convención.

No deje usted de adquirir nuestro próximo número. Interesante información de la Convención de Esfuerzo Cristiano, poesías, artículos, fotografías y dibujos, dedicados a Zaragoza. Dóce páginas:

**15 céntimos.**

# INFORMACIÓN EVANGÉLICA

## Esta semana.

*Domingo 30.* — Cultos públicos, con predicación, en todas las iglesias de Madrid, a las horas de costumbre.



## Una opinión sobre el mitin de Salamanca.

Ha llegado a nuestras manos, con bastante retraso, un número de *El Pueblo*, de Salamanca, órgano de los obreros de dicha ciudad, con una reseña del mitin que a favor de la libertad de cultos se dió allí no hace mucho.

Suyas son las siguientes palabras, que demuestran, una vez más, que en España el elemento obrero no se preocupa sólo del bienestar material, sino que también tiene simpatías por todo lo que tienda a elevar, libertar y dignificar el espíritu:

«Es la primera vez que hemos asistido a un acto de esta índole. Es también la primera vez que hemos oído hablar a elementos protestantes. Una de las cosas que más nos agradan es la pasión que ponen en sus palabras, el hondo sentimiento con que las pronuncian y el deseo que tienen de ser escuchados. Sienten fe, y con el entusiasmo producto de esa fe inquebrantable, no tienen inconveniente estos hombres sublimes y entusiastas en ir de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, cual venerables misioneros, extendiendo por todas partes sus creencias.

»Y tienen razón; aun en el caso de no compartir su forma de pensar, se les debe dar libertad para que extiendan su voz, para que propaguen sus creencias. Se les debe ayudar; piden libertad de cultos para todos, libertad de conciencia, libertad para pensar.

»Celebramos mucho que la tribuna de la Casa del Pueblo, la única tribuna libre que hay en Salamanca, como dijo el señor Unamuno, haya sido ocupada por estos hombres que se sacrifican por su sentir honrado.»

Nuestras más sinceras gracias al digno colega por sus cariñosas apreciaciones.



## La Unión Cristiana de Jóvenes, de Sevilla.

Hemos recibido la Memoria de la Unión Cristiana de Jóvenes, de Sevilla, correspondiente al curso 1921 a 1922, y por ella hemos podido darnos cuenta del rápido desarrollo de dicha entidad y del entusiasmo que anima a sus socios. La labor realizada durante dicho curso ha sido tan intensa como eficaz, habiéndose celebrado tres Juntas generales, dieciséis clases bíblicas, varias reuniones de oración, diez conferencias religiosas, tres pedagógicas y dieciséis sobre asuntos históricos, literarios y científicos. Celebróse, además, con muy buena concurrencia, la fiesta de la Reforma, desarrollándose en ella cuatro temas

interesantísimos por ilustrados oradores. Hanse celebrado también dos veladas cinematográficas, haciéndose en la última una colecta a favor del Asilo de Ancianos.

La vida interior de la Unión es igualmente activa, como lo demuestran las cuatro reuniones familiares habidas durante el curso y varias excursiones, entre ellas una a las ruinas de Itálica y al Monasterio de San Isidro, en cuyo refectorio, célebre por haber abrazado el Evangelio todos sus monjes en el siglo XVI, celebraron los jóvenes una reunión de oración.

La Comisión de Propaganda trabaja activamente en la distribución de folletos; la Biblioteca aumenta; se dan clases de inglés; aumenta el número de miembros, que es actualmente de 37, de los que 22 son varones y 15 hembras; en fin, una Unión floreciente en todo el sentido de la palabra.

A su Junta directiva, y en particular a su celoso presidente D. Patricio Gómez, nuestra felicitación más sincera.



## «Regeneración».

Hemos recibido el primer número de esta revista, cuya aparición anunciamos en estas columnas. Su programa es altamente simpático, y el saludo que dirige a la Prensa evangélica, y especialmente a nuestro Semanario, hace constar que no viene a competir con nadie y si a cooperar en todo lo que sea laborar por el bien.

El texto del primer número, ameno, interesante y bien escogido, está muy en armonía con el programa de la revista. Ésta se enviará gratis a todos los que la hayan pedido antes de la aparición del primer número, y durante un trimestre a todos los que lo soliciten a su Redacción, Carretera de Barcelona, 48, Sabadell.


Sinceramente damos la bienvenida al entusiasta y valiente colega, deseándole la misma prosperidad y larga vida que para nosotros apeteecemos.



## REGISTRO

*Matrimonios.* — En la ciudad de Granada, tan clericalizada, que en veintidós años no se ha registrado matrimonio civil alguno, ha tenido lugar el sábado 15, ante el Juzgado correspondiente, el casamiento de nuestros queridos hermanos Blas García y Carmen Sánchez, celebrándose después el acto religioso en la capilla, con gran concurrencia y plática alusiva del pastor D. Agustín Arenales.

Recomiende a sus amigos

 ESPAÑA EVANGÉLICA





(Continuación.)

Pero María ni salió ni le dió respuesta alguna, por lo que el buen cura, desesperado y burlado, se retiró, diciendo:

— ¡Adiós, mala mujer! Yo te aseguro que me he de vengar de ti. ¡Ay de ti como digas algo al padre Ambrosio, que entonces tu honra rodará por el suelo!

Y, diciendo esto y otras cosas peores, salió de la casa.

María permaneció en silencio por no despertar a su hija, y sintió que se alejaba el buen cura, cerrando con fuerza la puerta de la calle.

Todavía quedó escuchando unos momentos, hasta quedar segura de que el padre Saturnino se había marchado, y con no poca precaución abrió la puerta del dormitorio y dió unos pasos hacia el comedor, creyendo ver sobre la mesa la carta de su esposo; pero no la vió por ninguna parte.

— ¡Ah, infame! — dijo derramando algunas lágrimas —; bien me pensaba yo que tus frecuentes visitas a esta casa habían de dar este funesto resultado. Querías engañarme poniendo por pretexto la carta de mi esposo. ¿Será verdad que mi esposo está enfermo? No, no debo creerlo; eso ha sido inventado por ese canalla para hacerme salir de la habitación. Gracias a la bendita Virgen que me ha librado de sus manos. Cerraré la puerta de la calle por dentro y así estaré más tranquila. Esperaré la vuelta del padre Ambrosio y le contaré lo ocurrido. Él no es tan malo como su compañero; pero tampoco me debo fiar de él ni de ninguno de ellos. Sí; se lo contaré todo, y suceda lo que suceda. Después, ya pensaré lo que he de hacer. Voy a ver si mi niña se ha despertado.

Y se dirigió de nuevo al dormitorio de su hija.

Luisa seguía dormida y no había oído ni visto nada. María se acercó de puntillas al lado de su hija y la besó en la frente, diciendo:

— ¡Oh, mi querida e inocente hija! Tú no has visto el peligro en que se ha visto tu madre, y más vale que así haya sido. ¡Pobre hija mía! hoy mismo, tal vez, dejaremos esta casa para no volver a ella más. Si; tú también deseas salir de aquí y saldrás muy pronto.

Luisa abrió en aquel momento los ojos y miró a su madre.

— Madre mía — la dijo —, ¿eres tú la

que estás a mi lado? ¡Oh, cuánto me alegro! He tenido un sueño muy malo, una pesadilla terrible! Mi padre, mi pobre padre me llamaba moribundo para darme el último adiós, el último beso, y yo no podía correr a su lado. Me tenían encerrada y atada con fuertes cuerdas que yo no podía romper. Pero tú, madre mía, has llorado y aún lloras. ¿Qué te pasó, madre mía? ¿Por qué lloras? Dímelo. ¿Estamos en algún peligro?

— No, hija mía, no; tranquilízate — le dijo su madre —. El peligro ha pasado y estamos libres.

— Pero, ¿de qué, madre mía? ¿De qué estamos libres? Cuéntamelo todo; quiero saberlo.

— Ya lo sabrás, hija mía; pronto lo sabrás todo; ahora vístete y me ayudarás en lo que tengo que hacer. Mientras tú te arreglas voy a preparar algunas cosas. Pronto volveré a tu lado.

Y besándola de nuevo, salió del dormitorio.

La niña quedó vistiéndose y pensando en lo que le había dicho su madre: Habían estado en un peligro. ¿Qué peligro sería? ¿Por qué no se lo había dicho su madre? Pero le dijo que pronto lo sabría. Y se vistió lo más pronto que pudo y corrió a su lado. María se ocupaba en recoger su ropa y sus pocos muebles. La niña le preguntó de nuevo; pero su madre volvió a decirle que pronto lo sabría todo. En este momento llamaron a la puerta de la calle. María acudió al llamamiento; pero antes de abrir miró por la ventanilla y vió que era el padre Ambrosio que regresaba de cumplir sus deberes religiosos. Abrió María la puerta y él le dió las gracias y entró.

— Buenos días, Luisita — dijo a la niña —; veo que hoy has madrugado más que otras veces.

— Sí, padre; buenos días — dijo ella —. Quiero ayudar a mi madre en sus tareas.

— Muy bien hija mía — dijo él —; debes ayudar a tu madre en todo lo que puedas; pero, ¿qué es esto, María? — dijo a la madre —, ¿qué está usted haciendo? ¿Os marcháis de mi casa? ¿Qué os pasa? ¿No estáis contentas aquí? ¿Qué motivos os he dado para eso? ¿Qué ha pasado mientras yo he estado fuera de casa?

— Padre Ambrosio — dijo entonces María —, no tenemos queja ninguna de usted, antes al contrario, estamos muy agradecidas de todo; pero no podemos permanecer más tiempo en su casa.

— Pero, ¿por qué? ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? Decídmelo, por favor; pues no sé...

— Señor — le dijo María —, comprendo que ha de disgustarle mucho lo que voy a decirle, y que usted no tiene culpa de nada; pero debo decirle la verdad.

— Así lo deseo y lo espero — dijo él.

— Pues, bien, señor; escúcheme y lo sabrá todo. ¿No le han extrañado a usted las frecuentes visitas del padre Saturnino a esta su casa?

— ¡Ah! — dijo él —, ¿del padre Saturnino se trata?

— Sí, señor; de él se trata, y él es el culpable de todo.

— Pero qué, ¿os ha ofendido en algo? No creo que él se haya atrevido a...

— Sí, señor — dijo María —; él ha sido el que en sus continuas visitas se ha ido tomando una amistad y una confianza que yo no le he dispensado, y ha querido abusar de esa amistad y de esa confianza, creyendo que yo fuese una mujer mundana, y tan loca y descabellada como él.

— Pero, ¿el padre Saturnino se ha atrevido en mi casa a faltarnos al respeto debido?

— Sí, señor — dijo María —; escúcheme con calma y se convencerá.

Y María refirió en pocas palabras al padre Ambrosio el incidente que ya conocen nuestros lectores.

— Pero, María — dijo el cura indignado —, ¿es cierto lo que me dices? ¿Saturnino ha hecho eso? Yo os aseguro que no volverá a poner los pies en esta casa; pero si llegase a tener la osadía de presentarse aquí, le trataré como merece. Además, como cura párroco que soy de este pueblo, daré parte del atropello al señor arzobispo, y desplegaré toda mi influencia para que le expulsen del pueblo en seguida; así que no tenéis que temer nada de él. Quedaos aquí, que yo velaré por vosotras y nada os sucederá. Yo os lo aseguro.

— Muchas gracias, padre — le contestó María —, yo se lo agradezco en el alma; pero no puedo quedarme aquí. Además de lo ocurrido hoy, tengo otros motivos para no quedarme.

— ¿Se pueden saber esos otros motivos, María? Porque si yo puedo evitarlos, lo haré con mucho gusto.

— No, padre, muchas gracias, le repito; usted no puede, en primer término, dar la salud a mi hija, que cada día enflaquece más a causa de su tristeza.

— Bien, siendo así — dijo él —, yo tampoco debo obligaros a que os quedéis; así que hoy mismo le mandaré recado a mi ama y a mi sobrina para que se vengán lo más pronto posible. Ahora sólo deseo que me digas a qué casa piensas dirigirte, por lo que pueda suceder.

(Se continuará.)

**TAPAS PARA "ESPAÑA EVANGÉLICA"**

Madrid: 2,50. — Provincias: 3,00. — Extranjero: 3,50



## Revista de libros

Hace algún tiempo que tenemos sobre la mesa cuatro interesantes libros publicados en América, y acerca de los cuales quisiéramos decir mucho, si bien el reducido espacio a nuestra disposición nos obliga a hacer tan sólo mención de ellos.

El primero, y le damos este título no porque lo sea en interés, sino porque por alguno hay que empezar, se debe a la brillante pluma de Juan C. Varetto y lleva por título *Hostilidad del clero*. Es un pequeño libro histórico, donde se refiere la obra nefasta que el clericalismo ha hecho a la independencia de América desde el día mismo en que ésta fué declarada. En este librito se publican documentos que existen en las bibliotecas y archivos, y pastorales de varios papas, que hacen ver, de manera fehaciente, que la iglesia de Roma fué siempre contraria a la independencia americana.

El segundo se llama *¡Viva sonriendo!* y ha sido escrito por D. Jorge A. Miller, el cual refiere, en forma de novela, la transformación de un hogar bajo la influencia de una mujer que recibe una educación eminentemente cristiana.

*Manual para la maestra del curso de principiantes* es el título que lleva el tercero, y lo forma una colección de lecciones graduadas, que pueden ser de mucha utilidad a las maestras, no sólo en la Escuela Dominical, sino en cuantas clases se trate de instruir a los pequeños en la Historia Sagrada.

Y el cuarto es un libro de quizá un interés más práctico que los anteriores. Se llama *El hogar higiénico*, y va suplementado con una serie de artículos sobre hogares bíblicos. Por ejemplo: un capítulo empieza hablando del hogar de Nazareth, lo cual sirve de prólogo para tratar con mucho acierto de las siete virtudes del hogar cristiano. La obra, como decimos, es de mucho interés.

Y los cuatro libros vienen a enriquecer la biblioteca del buen lector evangélico.

### Una receta para la belleza.

Todos los que quieran poseer la verdadera belleza que nunca se marchita ni se empaña, sino que mejora con la edad, traten de cultivar diariamente:

- Un espíritu contento;
- Un espíritu confiado y esperanzado;
- Modales corteses;
- Una sonrisa amistosa;
- Un porte sereno y digno;
- Un sentimiento estricto de justicia;
- Una integridad inquebrantable;
- Una benevolencia cordial y vasta;
- Un odio hacia lo falso, irreal y profano;
- Un amor hacia todo lo que es noble, puro y bueno;

Una disposición a aprender de la criatura más humilde;

Una disposición a estimar a los demás como mejores que uno mismo;

Una tierna consideración para con los jóvenes, débiles y ancianos;

Una compasión hacia los caídos;

Una reverencia hacia todo lo sagrado;

Un corazón gobernado por los principios, no por las ventajas;

Un corazón libre de sí mismo para endulzar y simpatizar;

Un constante propósito de tratar a todos como uno quisiera ser tratado.

Esta receta no puede fracasar. Pruébesela.

**A la hora de entrar en máquina el presente número no hemos recibido el original de la sección de Esfuerzo Cristiano.**

## VERANEANTES

Como en años anteriores, a los suscriptores que cambien de residencia durante los meses de verano, les serviremos el periódico a su punto de veraneo, si lo comunican a la Administración.

## ILUSTRACIÓN DE OBRAS Y REVISTAS

En la Administración de ESPAÑA EVANGÉLICA se hallan de venta los cli-sés de los grabados publicados en sus páginas.

Por su perfecta conservación, pueden sufrir tiradas muy grandes. Por su variedad, están muy indicados para la ilustración de libros, revistas, etc.

Cuadros célebres, hombres importantes, asuntos bíblicos, vistas de todas partes.

Precio: 7 céntimos cm.<sup>2</sup>



**VILATOBA**  
FOTÓGRAFO  
TARRASA

## Escuela Dominical

La entrada triunfal en Jerusalem.

6 de Agosto.

Luc., 19, 28-44.

TEXTO AUREO: *¡Bendito el que viene en el nombre del Señor: paz en el cielo y gloria en lo altísimo!* — Luc., 19, 38.

Cristo es Rey de una clase completamente desconocida antes. Rey y, al mismo tiempo, pobre. Hace su entrada en Jerusalem en un pollino prestado. El que nació en un pesebre y no tuvo durante su vida pública una almohada donde reclinar su cabeza, necesitó el auxilio de un amigo para el único acto de humana glorificación que hubo en su vida. Hoy también, para realizar su obra, el Señor *ha menester* de nosotros. Su plan requiere la cooperación de los que le aman y le sirven, por pequeños e imperfectos que sean.

Por una vez, Jesús quiso ser reconocido y aclamado como el Mesías; y siendo el oficio real uno de los oficios propios del Mesías, Jesús quiso presentarse al pueblo como lo que era, como su Rey. La forma que escogió para entrar, cumpliendo una antigua profecía, expresaba de una manera visible, como una lección de cosas, el carácter y la gloria de su reino, que es un reino de paz, humildad y mansedumbre, porque es un reino de amor. Un conquistador que ha ganado sus laureles en la guerra, derramando la sangre de sus enemigos, entra triunfante en la capital de su país sobre un soberbio caballo. Jesús es el Príncipe de paz; su reino es el reino de los pobres y de los humildes, y era apropiado que montase sobre un animal pacífico y servicial.

Conviene tener en cuenta la composición de aquella multitud. Dos grandes compañías se reunieron aquel día. Una de ellas había salido de Jerusalem cuando se supo que Jesús iba a entrar en la ciudad, y se componía de «muchos gente que había venido a la fiesta» (Juan, 12, 12); es decir: de peregrinos forasteros. La otra compañía era la que seguía a Jesús desde Bethania, de la cual formaban parte sus discípulos. El pueblo de Jerusalem, que fué, en general, hostil a Jesús, no tomó parte en las aclamaciones, sino que presencié, asombrado y alarmado, lo que sucedía (Mat., 21, 10). Entre la multitud iban mezclados algunos fariseos que quisieron inútilmente evitar aquel desbordamiento de entusiasmo (Luc., 19, 39).

Las aclamaciones y homenajes, los gritos de alabanza y los ramos de olivo y de palmas tendidos en el camino, demuestran el entusiasmo de la gente; pero, a pesar del sentido espiritual y elevado de sus aclamaciones, tomadas de los salmos que aquellos días festivos se cantaban, no puede afirmarse que la multitud comprendiera bien el alcance de aquellas frases familiares, ni el verdadero carácter de Jesús.

Los sollozos de Jesús, al ver la ciudad de Jerusalem, tan hermosa entonces, tan desolada ante la visión profética de su Rey desconocido, demuestran que Jesús sabía cuán poco representaban en realidad aquellas aclamaciones.

¿Cómo obtuvo Jesús el asnillo en que hizo su entrada en Jerusalem? ¿Cómo fué recibido? ¿Qué querían decir aquellas aclamaciones? ¿Por qué lloró Jesús al ver la ciudad?

Suscribase a ESPAÑA EVANGÉLICA

TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA  
CERVANTES, 28-MADRID